

De Erlón por su parte hubiera debido obedecer, no á su jefe inmediato, sino al jefe de los jefes, es decir, al emperador. Sin embargo, se comprende que encarnizado en el combate, viendo aumentarse en torno suyo la masa de sus adversarios, Ney quisiera vencer primero en donde estaba para ir en seguida á completar el triunfo de Napoleón. Se comprende que de Erlón, recibiendo malas noticias de los Quatre-Bras, creyese deber cumplir la orden de Ney dada en términos desesperados; y en vista de todas estas circunstancias puede acusarse con mayor fundamento á la fortuna que á los hombres. Y con efecto, la frase apremiante de Napoleón: *Tenéis en vuestras manos la salvación de la Francia*, dicha para exaltar el celo de Ney é interpretada como la necesidad de vencer en los Quatre-Bras, cuando significaba la necesidad de acabar la victoria de Ligny, esta frase pronunciada para asegurar el triunfo de los designios de Napoleón, no produjo más que su confusión, rasgo patente de las disposiciones de la fortuna para con los franceses, ó por mejor decir, prueba palmaria de una situación forzada, llena de duda, y en la cual nadie, excepto Napoleón, había conservado sus facultades ordinarias, y que el mismo Napoleón suscitó al querer empezar de nuevo contra la Europa, contra la Francia, contra la razón universal, un reinado á todas luces imposible en lo sucesivo (1).

(1) No terminaré estas larguísimas reflexiones sin añadir algunas palabras en respuesta á una suposición completamente gratuita, la de pretender que si el conde de Erlón, después de numerosas idas y venidas, concluyó por dirigirse á los Quatre-Bras en vez de encaminarse á Bry, fué porque le decidió á tomar esta resolución una última orden de Napoleón. En este caso los movimientos hacia uno y otro lado que le hicieron inútiles en los dos durante aquel día, serían no el efecto de las disposiciones de Ney, que quiso absolutamente su apoyo, ni de Erlón que desobedeció á Napoleón para obedecer á Ney, sino del mismo Napoleón por renunciar á la ejecución de sus órdenes. Mr. Charras es quien en su obra sobre la campaña de 1815, obra llena de ingenio, copiosa en datos y admirablemente escrita; Mr. Charras, repetimos, es quien ha imaginado esta hipótesis.

En historia son admisibles las suposiciones, cuando son necesarias para explicar un hecho de cualquier otro modo inexplicable; cuando se hallan basadas en la verosimilitud y sobre deducciones sacadas del conjunto de los sucesos. Pero en el presente caso no sucede nada de esto. Los hechos, lejos de ser inexplicables sin la suposición de Mr. Charras, lo son por ella misma. Colocado el conde de Erlón entre la orden de Napoleón y la del mariscal Ney, sin desconocer la jerarquía de cada cual, se permitió interpretaciones, siempre aventuradas en la guerra, y creyendo á Ney en gran peligro y á Napoleón ignorando que lo estuviera, concluyó por encaminarse á los Quatre-Bras. Todo es sencillo y claro en este suceso; lo que no es sencillo y claro es que Napoleón, considerando la suerte de la guerra como unida al movimiento que ordenaba, hubiese dado contraorden, y esto sin haber tenido tiempo para saber lo que acaecía en los Quatre-Bras, é ignorando que la posición de Ney era en este punto de las más difíciles. La suposición de Mr. Charras convierte en inexplicable lo que se explica por sí, y en vez de conformarse con la verosimilitud, es absolutamente inverosímil. De todos modos, si estuviera fundada en algún testimonio sería preciso, si no admitirla, por lo menos tomarla en cuenta; pero sólo hay dos testimonios y los dos son enteramente contrarios. Estos testimonios son el del conde de Erlón y el del general Durutte, que mandaba una de las divisiones del primer cuerpo. No cabe duda, con respecto á las órdenes dadas por Napoleón al conde de Erlón, en que si hay algún testimonio decisivo es el del mismo conde, que recibía y debía ejecutar estas órdenes. Pues bien: interrogado por el duque de Elchingen sobre los sucesos que referimos, respondió lo siguiente, que copia el duque de Elchingen en su escrito titulado *Documentos inéditos sobre la campaña de 1815*.

Por grande que fuese el sentimiento que podía experimentar Napoleón al conseguir una victoria incompleta, no tenía motivo, lo repetimos, para dejar de estar satisfecho; porque hasta entonces su plan se había realizado perfectamente. Había logrado sorprender á los ejércitos

«Más allá de Frasnés conversaba con generales de la guardia cuando vino á mi encuentro el general La Bedoyere y me enseñó una nota escrita con lápiz que llevaba al mariscal Ney, ordenándole que enviase mi cuerpo de ejército hacia Ligny. El general La Bedoyere me advirtió que había dado ya la orden para verificar este movimiento, haciendo cambiar de dirección á mi columna, y me indicó dónde podría encontrarla. Tomé en seguida el camino para reunirme con ella y envié á mi jefe de estado mayor, el general Delcambre, para participar á Ney la nueva misión que me confiaban; pero el mariscal me prescribió imperativamente, por conducto del mismo general, que me dirigiese hacia los Quatre-Bras, donde se había comprometido, contando con la cooperación de mis fuerzas. *Debí, pues, suponer que me necesitaba con urgencia toda vez que el mariscal me llamaba á pesar de haber recibido la Nota de que he hablado anteriormente.*»

*Debió suponer*, dice el conde de Erlón, *que me necesitaba con urgencia toda vez que el mariscal me llamaba á pesar de haber recibido la Nota de que he hablado anteriormente.*— Es evidente, sólo al leer estas líneas, que si el conde de Erlón hubiera recibido una última orden de Napoleón autorizándole para acudir á los Quatre-Bras en vez de encaminarse á Bry, lo hubiera dicho, justificándose con una palabra; y no hubiera tenido necesidad de fundar su resolución en la urgencia de Ney, suponiendo que si contradecía las órdenes de Napoleón era porque tenía suficientes razones para hacerlo. En este caso hubiera dicho que Napoleón había dado contraorden á la que escribió con lápiz y envió con La Bedoyere, y su explicación hubiera sido completa y perentoria. La conclusión forzosa es que esta última contraorden que le quitaba toda clase de responsabilidad no la recibió, puesto que no habló de ella en su justificación, que en este caso hubiera quedado al abrigo de toda réplica. Esta prueba nos parece absoluta y no admite contestación alguna.

Además de este testimonio hay otro no menos perentorio, el del general Durutte. Este general, tan inteligente como ilustrado, mandaba la división del primer cuerpo que formaba la cabeza de la columna, y escribió una Nota que tengo en mi poder, y de la cual ha citado también el duque de Elchingen un fragmento, página 77.

El general Durutte, después de referir que una orden de Napoleón llevó al conde de Erlón hacia Bry para atacar por la retaguardia á los prusianos, añade lo siguiente: «Mientras se hallaba en marcha, otras muchas órdenes del mariscal Ney llegaron á toda prisa para detener al primer cuerpo y hacerle volverse hacia los Quatre-Bras. Los oficiales portadores de estas órdenes decían que el mariscal Ney había encontrado en los Quatre-Bras fuerzas superiores á las suyas y que le rechazaban. Esta segunda orden puso en bastante aprieto al conde de Erlón, porque *al mismo tiempo recibía de la derecha nuevas instancias para que avanzase hacia Bry*. Sin embargo se decidió á acudir en auxilio del mariscal Ney; pero como pensó, de acuerdo con el general Durutte, que el enemigo podía enviar una columna á la llanura que se encuentra entre Bry y el bosque de Delhutte, separando de este modo la parte del ejército mandado por Napoleón de la que mandaba el mariscal Ney, se decidió á dejar al general Durutte en esta llanura.»

Este testimonio es tan decisivo como el precedente. Con efecto, se ve por el relato de un testigo ocular que el conde de Erlón, colocado entre dos órdenes contrarias, titubeó al principio, pero después le determinó el peligro de Ney, y sólo este peligro; porque, añade, *que recibía al mismo tiempo nuevas instancias de la derecha para que avanzase hacia Bry*. Ahora bien, estas instancias de la derecha eran las órdenes reiteradas del emperador, y las palabras que copiamos prueban superabundantemente que no fueron revocadas, porque si lo hubieran sido el general Durutte, testigo de las indecisiones de Erlón y partícipe de ellas, no hubiera dejado de decir que puso fin á sus dudas una nueva orden del emperador. Es, pues, á todas luces evidente que la suposición de una última contraorden del emperador no solamente es gratuita, sino que se halla en oposición con los únicos testimonios conocidos, posibles

inglés y prusiano, se había interpuesto entre ellos, había vencido al ejército prusiano, contenido al inglés, y rechazado á entrambos en direcciones harto opuestas para poder al día siguiente ó al otro batirse separadamente con el duque de Wellington. Con efecto, Blücher, que había perdido la gran calzada de Namur á los Quatre-Bras, no podía ya reunirse con el duque de Wellington por esta vía, la única directa, y estaba reducido ó á separarse definitivamente de los ingleses dirigiéndose por Namur hacia el Rhin, ó á procurar reunirse con ellos retrocediendo hasta las cercanías de Bruselas. Entre los ejércitos beligerantes y Bruselas había una selva vasta y profunda, la de Soignes, que envolvía á esta ciudad de Sudoeste á Nordeste, presentando una muralla de bosques de tres ó cuatro leguas de espesor, de diez ó doce de longitud, y por consiguiente de difícil acceso para unos ejércitos numerosos provistos de un material considerable. Si los prusianos, privados de su comunicación directa con los ingleses por la calzada de Namur á los Quatre-Bras, querían reunirse con sus aliados, tenían que dirigirse por Gembloux y Wavre al lindero de la selva de Soignes y juntarse á ellos por delante ó por detrás de esta vasta selva. Si para más seguridad se internaban en ella á fin de operar su reunión bajo las murallas de Bruselas, no debían los franceses abrigar temor, porque llegarían demasiado tarde á socorrer á sus aliados; si por el contrario se reunían delante de Soignes, el peligro podía ser grave; pero, encontrándose Napoleón entre los prusianos y los ingleses y sólo á cinco leguas del lindero de la selva, era imposible que la reunión se operase delante de ella, es decir, á su vista, á menos de que lo permitiese ó de que sus generales encargados de impedirselo dejasen hacer su voluntad al enemigo. Hallándose además frente á frente de los ingleses en los Quatre-Bras, tenía la certidumbre, en cuanto era posible tenerla, de poder al día siguiente abordarlos y combatirlos, antes de que los prusianos acudiesen á su socorro. Era, pues, cierto que hasta entonces, por más que los prusianos en vez de destruídos sólo hubiesen sido derrotados, su plan había salido bien, toda vez que lograba encontrar á sus enemigos separados los unos de los otros. Por otra parte, si no había destruído á los prusianos como hubiera debido suceder, los había maltratado, y una persecución activa podía producir un efecto semejante al que hubiera producido la maniobra que dejó de ejecutar el conde de Erlón. Se trataba de no consentirles reposo alguno, de no cesar de amenazarlos un solo instante, para que los prófugos no volviesen á las filas y para que el ejército prusiano perdiese tantos hombres como hubiese perdido si la batalla se hubiera terminado con arreglo al plan de Napoleón.

El emperador regresó á Fleurus á las once de la no-

che, después de haber estado en movimiento desde las cinco de la mañana, y antes de entregarse al descanso que necesitaba dictó las órdenes indispensables. Acababan de anunciarle, pero sin ningún pormenor, que Ney, después de haberse batido durante todo el día con los ingleses, sólo había logrado contenerlos. Envió á decirle que estuviese sobre las armas desde el amanecer para avanzar hacia Bruselas, sin temer á los ingleses que no podrían sostenerse después de la batalla de Ligny, porque cayendo sobre ellos por la gran calzada de Sombrefe á los Quatre-Bras, se rodearían si trataban de resistir. Ordenó á Pajol que se lanzase después de un breve reposo detrás de los prusianos, y mandó que le siguiese la división Teste destacada del cuerpo de Lobau para proporcionarle un apoyo contra los ataques de la caballería prusiana. Después se echó en una cama para reparar sus fuerzas con algunas horas de sueño.

A las cinco de la mañana ya se hallaba de pie, dispuesto á continuar sus operaciones, y considerando que ya había llegado el momento de atacar al ejército inglés. Hallándose por dos ó tres días lo menos retirados de la acción los prusianos, lo que debía procurar era derrotar á los ingleses, y el éxito no parecía dudoso. Con los soldados que tenía movidos bajo su dirección suprema; habiendo adoptado para esta campaña un sistema de dos alas que quería reforzar una después de otra con su centro compuesto del cuerpo de Lobau, de la guardia y de la reserva de caballería, es decir, cerca de cuarenta mil hombres, debía abandonar su ala derecha victoriosa en Ligny para dirigirse á la izquierda, que no había sido vencida ni conseguido la victoria en los Quatre-Bras. Su ala izquierda, en la que formaban los cuerpos de Erlón y de Reille y una parte de la caballería, reforzada con las tropas del centro debía ascender á setenta y cinco mil combatientes, fuerza bastante para hacer frente á los ingleses. Era natural que el ala derecha fuese nombrada con los cuerpos que habían combatido en Ligny, y que se hallaban demasiado cansados para sostener una segunda batalla al día siguiente, es decir, el 4.º cuerpo (Gerard), el 3.º (Vandamme), la división Girard, los cazadores y húsares de Pajol y los dragones de Exelmans, ya colocados unos y otros bajo las órdenes del mariscal Grouchy.

El papel confiado al ala derecha, mientras Napoleón luchaba con los ingleses, estaba plenamente indicado: vigilar á los prusianos, completar su derrota, agravarla al menos persiguiéndolos de cerca, y contenerlos en el caso de que manifestasen la intención de atacar nuevamente á los franceses. Hubiera sido un gran descuido, y sumamente indigno de un verdadero capitán, dejar á los prusianos vencidos hacer su antojo, acaso procurar reunirse con los ingleses por delante de la selva de Soignes, ó quizás, estimulados por la negligencia de su enemigo, dirigirse á Charleroy, amenazar de este modo á la retaguardia de los franceses, interceptar sus comunicaciones y en todo caso reponerse pacíficamente de su descalabro para llevar el temible contingente de sus fuerzas reorganizadas, bien fuera á los ingleses ó bien á los austriacos y á los rusos. Descuidarlos era por consiguiente imposible, y además, como las maniobras se verificaban hallándose á cuatro ó cinco leguas de distancia los unos de los otros, era fácil tener el destacamento enviado en su persecución á una distancia tal que á to-

concluyentes. Por lo tanto, los movimientos que hicieron ineficaz en todas partes al cuerpo de Erlón fueron motivados por Ney que no quiso limitarse á la defensiva llamando á de Erlón en su auxilio, cualquiera que fuese la consecuencia de su determinación, y por de Erlón, que colocado entre dos órdenes contrarias, se dejó arrastrar por los desesperados gritos que partían de los Quatre-Bras. Fué una desgracia que podía achacarse á Napoleón, no directamente ni motivada por una orden suya mal dada, sino indirectamente y por efecto del estado moral de sus generales, estado cuya causa superior era él. Para decir que Napoleón fué un mal político no hay necesidad de pruebas para declararlo tal; pero me parece temerario suponerle un mal general, y por mi parte no puedo resolverme á admitir esta suposición. (N. del A.)

das horas pudiese ser llamado al sitio en donde hiciese falta. Añadimos también que este destacamento debía tener cierta importancia si se quería que pudiese ocupar, contener y perseguir á los prusianos. No contando Napoleón más que con ciento diez mil hombres para luchar contra ciento noventa mil, ó acaso menos, por efecto de las pérdidas sufridas en los días precedentes, obligado á conservar lo menos setenta y cinco mil para combatir contra el duque de Wellingtón, no podía dejar á Grouchy más que treinta y cinco á treinta y seis mil. Pero á las órdenes de un hombre hábil y resuelto, estas fuerzas eran bastantes para luchar, en caso necesario, con un ejército vencido. El mariscal Davout había hecho frente en 1806, en la memorable jornada de Auerstædt, á setenta mil prusianos con veintiséis mil franceses. Bien es verdad que Grouchy no era Davout, ni las disposiciones morales en 1815 las de 1806; pero los soldados de la Francia eran siempre aguerridos, y en la última guerra del imperio de Napoleón sentían el valor de la desesperación.

Napoleón adoptó, pues, el partido indicado por su plan y las reglas de la prudencia, de dirigirse con su centro hacia su ala izquierda, para ir á combatir con los ingleses, confiando á su derecha el cuidado de observar á los prusianos, de agravar su derrota y de tenerlos distantes mientras duraba la lucha con el ejército británico. Habiéndose levantado á las cinco de la mañana, hubiera querido marchar sin perder un instante para alcanzar al duque de Wellingtón durante el día; pero se hallaban á tan poca distancia de la selva de Soignes que era imposible aventajar al general inglés en ligereza, y si no quería, no había medio de tener un encuentro con él, porque internándose en la selva para reunirse á los prusianos en el lado opuesto, toda la prontitud no haría más que apresurar su retirada sin ofrecer ninguna probabilidad de combate. Sin embargo, Napoleón por carácter, é impaciente por resolver la cuestión de vida ó muerte que sostenía con la Europa, hubiera querido correr acto continuo en busca de los ingleses; pero le objetaron la inmensa fatiga de las tropas que habían andado tres días y combatido dos sin detenerse. No pensaba de ningún modo emplear á Gerard y á Vandamme (3.º y 4.º cuerpos), porque sus soldados, acostados sobre arroyos de sangre, dormían profundamente en medio de treinta mil cadáveres, y no podía negarles algunas horas para limpiar sus armas, hacer el rancho y respirar. Disponiendo del cuerpo de Lobau, que no había disparado un solo tiro, quería utilizarle en primer lugar, pero necesitaba aumentarle con la guardia que tan brillante papel había desempeñado el día anterior, y por adicta que fuese tenía precisión de dormir y comer. Combinó, pues, los movimientos para el día que empezaba, conciliando la celeridad de las operaciones con la necesidad de descanso que experimentaban sus tropas. Como era preciso atravesar los Quatre-Bras para avanzar hacia los ingleses, Ney, que se hallaba en este punto, debía desfilarse el primero, y como tenía cerca de cuarenta mil hombres, y éstos iban á pasar por un mismo camino, estaba seguro Napoleón, si á las nueve ó las diez de la mañana se hallaba en los Quatre-Bras, de llegar á tiempo para desfilarse detrás de Ney. Por fin, podía encontrarse en dos ó tres horas en el lindero de la selva de Soignes, y no era imposible trabar, del mismo modo que lo había hecho

la víspera, una batalla durante la tarde, siempre que los ingleses consintieran en cruzar con él sus armas. Napoleón, sin esperar mucho este encuentro delante de la selva de Soignes, que deseaba demasiado para creer que los ingleses participasen de su deseo, dispuso todo lo necesario para conseguirlo, y en el caso contrario para entrar en Bruselas por la noche ó al día siguiente por la mañana, lo que debía producir un gran efecto moral y colocar á los ingleses bastante lejos de los prusianos. Decidió, pues, que Lobau se encaminase el primero á los Quatre-Bras por la gran calzada de Namur para poder desfilarse inmediatamente después que Ney, y además dispuso que la guardia siguiera á Lobau, y la caballería de línea á la guardia.

Esta disposición debía proporcionar dos horas de descanso á la guardia y á la caballería de línea. Las tropas de Gerard y de Vandamme, fatigadas con extremo por la batalla que habían sostenido el día anterior, tenían la mañana para reponerse, porque antes de lanzarse á perseguir á los prusianos era preciso que la caballería encontrase su pista. Sin esta precaución podían tomar un camino distinto al que los enemigos seguían, y esto, que no era un inconveniente para la caballería ligera que volaba, los hubiera ofrecido y grandes á la infantería que sólo contaba con sus piernas y que se hallaba ya sumamente cansada.

Mientras que Napoleón expedía las órdenes necesarias, el conde de Flahault, que se había separado de Ney por la noche después de haber presenciado los sucesos de los Quatre-Bras, llegó al cuartel general á cosa de las seis de la mañana. Sin hablar mal de Ney, cuyo heroísmo admiraba aun á las mismas personas que no aprobaban su modo de obrar, no ocultó al emperador que sus disposiciones en el combate de los Quatre-Bras habían sido medianas, y sobre todo que su agitación febril, aumentando si era posible la energía de su adhesión, había perjudicado á la rectitud de su criterio militar. Napoleón había notado esto desde el 20 de marzo, pero necesitaba utilizar á este héroe sin igual tal como le habían puesto los sucesos, superiores entonces á todos los caracteres; y únicamente pensó que lo que le convenía era tenerle á su lado para lanzarle como un león en lo más peligroso del combate. Mr. de Flahault añadió á todos los detalles que refirió á Napoleón, uno de la mayor importancia, el de que Ney, desconfiando hasta lo sumo, dudaba todavía del resultado de la batalla de Ligny, y lejos de estar dispuesto á avanzar, se hallaba inclinado por el contrario á conservar la defensiva en los Quatre-Bras. Napoleón se disgustó muchísimo, porque hubiera querido saber que Ney, en el instante en que le hablaban, se había ya puesto en movimiento, é hizo que acto continuo le escribiese el mariscal Soult, afirmándole que la batalla de la víspera había sido completamente ganada, exhortándole á avanzar con atrevimiento y sin pérdida de tiempo hacia los Quatre-Bras, porque los ingleses levantarían el campo al ver en la calzada de Namur cuarenta mil hombres dispuestos á atacarlos por el flanco si se obstinaban en oponerles resistencia; aconsejándole que tuviera reunidas sus divisiones, y dirigiéndole algunas reconvenções, paliadas en la forma, por su manera de proceder el día anterior, que había sido la causa de que en vez de obtenerse resultados extraordinarios, no se hubieran obtenido tan

grandes como tenían derecho á esperar. Napoleón envió al mismo tiempo algunos oficiales para que reconocieran la calzada desde Namur á los Quatre-Bras y vieran si marchaba Ney, y si se retiraba el duque de Wellingtón. Expedidas estas órdenes á las siete de la mañana, se fué en coche á Ligny y al llegar á esta aldea montó á caballo para visitar el campo de batalla, para disponer que se cuidase á los heridos, y para distribuir consuelos y recompensas á los combatientes de la víspera mientras que los del día empleaban el tiempo en avanzar.

Los soldados que en el día precedente se habían conducido con un ardor y una lealtad sin límites, eran muy acreedores á estos consuelos y recompensas, y en semejante caso puede decirse que la gratitud es un excelente cálculo. Los soldados de Gerard y de Vandamme se ocupaban en limpiar sus fusiles, en hacer el rancho y en reponer un poco sus fuerzas abatidas por la formidable lucha que la víspera habían sostenido. En cuanto apercibieron á Napoleón se precipitaron hacia él agitando sus morriones, blandiendo sus sables, y prorrumpiendo en entusiastas aclamaciones. Sólo su vista les transportaba, recompensándoles sus peligros y sufrimientos. Así, pues, no era tiempo perdido el que consagraba á satisfacer y excitar sentimientos como los que inspiraba á sus tropas con su sola presencia. Después de saludar á los heridos y de responder con la mano á las aclamaciones de los soldados, quiso Napoleón atravesar sucesivamente las aldeas de Saint-Amand y de Ligny. Los muertos franceses y prusianos yacían casi en número igual dentro de Saint-Amand; pero al lado opuesto del arroyo no se veía más que un montón de cadáveres prusianos. Estos desgraciados se habían obstinado en recuperar á Saint-Amand, y habían cubierto con sus cuerpos exánimes los alrededores de la aldea. En el declive que por detrás subía hasta el molino de Bry, y en el cual la artillería de la guardia había casi destruído las reservas prusianas, estaba cubierto el suelo de cadáveres, de caballos muertos, de restos de cañones, y presentaba un espectáculo satisfactorio para los franceses, pero cruel para la humanidad. En Ligny este espectáculo era todavía más atroz. Allí había tenido lugar el combate en el interior de la aldea, y se habían batido cuerpo á cuerpo destruyéndose con todo el furor de las guerras civiles. Los muertos franceses y prusianos se encontraban allí en la misma proporción, y no se veía otra cosa que cadáveres, porque los habitantes habían abandonado sus casas ó se habían escondido en sus bodegas.

Algunos heridos que se quejaban eran los únicos seres vivientes en esta especie de necrópolis. Saliendo de Ligny y subiendo por el terreno en el que la guardia imperial había decidido la victoria, los cadáveres eran casi exclusivamente prusianos, y haciéndose con estos restos humanos una triste comparación, podía decirse que había entre los muertos por cada francés dos ó tres prusianos. No es, pues, exagerada la aserción de que si la batalla había costado á los franceses cerca de nueve mil hombres, los prusianos habían perdido en ella diez y ocho mil, sin contar los que se habían fugado de sus filas. Además sus heridos habían quedado prisioneros, la caballería cogió después mil ó dos mil rezagados, y perdieron treinta piezas de artillería.

Después de recoger el mayor número de heridos

franceses, en cuya operación demostraron mucho celo los aldeanos belgas, mandó también Napoleón que se prestasen auxilios á algunos oficiales prusianos heridos en una proporción mucho más grande que los soldados. Estos valientes oficiales habían pagado con su sangre la violencia de sus pasiones. Napoleón les dirigió una alocución cortés y generosa, para decirles que la Francia tan aborrecida por los prusianos no les devolvía odio por odio; que si había pesado sobre ellos durante las últimas guerras, había sido como una justa é inevitable represalia de su agresión en 1792, del convenio de Pilnitz, del manifiesto de Brunswick y de la guerra de 1806; que por otra parte se habían vengado lo bastante en 1814; que ya era tiempo de poner término á aquellas sangrientas represalias; que por su parte procuraría terminarlas con una próxima paz, y que en testimonio de sus intenciones pacíficas iba á comenzar por ofrecer á los oficiales prusianos las mismas atenciones que á los de su propia guardia. La alocución de Napoleón, traducida inmediatamente al alemán, fué muy bien acogida por aquellos infortunados á quienes saludó separándose de su lado, y que le devolvieron el saludo con sus desfallecidas manos. Esta escena, que los periódicos deberían referir, estaba destinada á calmar las pasiones alemanas, si la victoria se conservaba fiel á los franceses durante veinticuatro horas más.

Al llegar á las alturas de Bry se apeó Napoleón para esperar allí el resultado de los reconocimientos que había dirigido hacia los Quatre-Bras. Conservando su habitual libertad de criterio, se ocupó con sus generales de diversos asuntos, de la guerra, de la política, de los partidos que dividían á la Francia, de los realistas y de los jacobinos, mostrándose bastante contento de lo que se había hecho en los dos últimos días, y esperando mejores resultados todavía en los siguientes (1).

(1) El mariscal Grouchy, noblemente desolado por sus torpezas militares de 1815, sin querer sin embargo confesarlas, ha tratado de achacar al día 17 la causa del tiempo perdido el 18, y en una relación inexacta ha presentado á Napoleón durante la mañana del 17 como perdiendo el tiempo á la manera de un príncipe hablador, perezoso é irresoluto. Difícil es reconocer en este retrato al hombre que había llegado desde la isla de Elba á París en veinte días, al hombre que en dos jornadas se había lanzado de improviso entre los ejércitos inglés y prusiano, antes de que pudiesen apercibirse de su presencia. Nadie podrá creer que Napoleón, á quien hubiera sido factible esperar la guerra en Champaña sin ir á buscarla atrevidamente en Bélgica para procurarse la ocasión de sorprender y derrotar á dos ejércitos enemigos, uno después del otro, se hubiese convertido de pronto en un hombre perezoso é irresoluto. Pero el mariscal Grouchy ha obrado como muchos testigos oculares, que ignorando el secreto de los personajes colocados á su lado les achacaban con frecuencia los motivos más pueriles y quiméricos. Al pretender que Napoleón se condujo en la mañana del 17 como un príncipe oriental abandonando con trabajo el reposo, el mariscal Grouchy prueba sencillamente que no se explicaba la situación y que ignoraba ó no comprendía que Napoleón debía esperar: 1.º, que Ney desfilase por los Quatre-Bras con cuarenta mil hombres; 2.º, que las tropas de Lobau avanzasen hacia los Quatre-Bras; 3.º, que la guardia hubiese hecho el rancho y abandonado sus vivasques; 4.º, que algunas noticias de la caballería de Pajol le proporcionasen una primera idea acerca de la dirección que habían tomado los prusianos. Eran las ocho de la mañana y todas estas cosas no podían verificarse sin que por lo menos transcurrieran dos ó tres horas. Entretanto Napoleón conversaba sobre diversas cuestiones con una libertad de criterio que los hombres no manifiestan cuando se hallan fuertemente preocupados, y que prueba que son dignos de llevar en sus hombros el peso de las grandes situaciones, puesto que saben conservarle. (N. del A.)

Durante esta conversación recibió un primer aviso de los oficiales enviados por la calzada de Namur á los Quatre-Bras, y supo que en vez de encontrar á Ney en este último punto sólo habían encontrado á los ingleses. Su disgusto fué grande, y envió al mariscal de nuevo la orden de avanzar sin cuidarse de los ingleses, á los que atacaría de flanco si le oponían resistencia, y prescribió á Lobau que apresurase su marcha hacia los Quatre-Bras, acelerando al mismo tiempo la de la guardia, y disponiéndose á partir para acudir á dirigir en persona el movimiento. En el mismo instante llegó á sus manos un informe del general Pajol, que desde el amanecer se había lanzado á perseguir á los prusianos. Este informe bastante singular decía que habían sido cogidos algunos prófugos y sobre todo cañones por el lado de Namur, es decir, en la dirección de Lieja. Atendiendo á este primer indicio, debía deducirse que los prusianos tomaban el partido de volver á atravesar el Rhin, y que dejando á los ingleses apoyarse en el mar iban á reunirse con los austríacos y los rusos. Napoleón apenas daba crédito á semejante resolución de su parte. Suponía que Blücher, guiado por su carácter, procuraría reunirse con los ingleses por delante ó por detrás de la selva de Soignes, y que con este fin se dirigía hacia Wavre. Sin embargo, en la guerra como en la política es necesario no ser esclavos de la verosimilitud, y concediéndole la preferencia en los cálculos, hallarse preparados á todas las eventualidades. Esto es lo que hizo Napoleón. El mariscal Grouchy se hallaba entonces á su lado y le dió verbalmente sus instrucciones, instrucciones tan naturales en su situación, que se adivinan antes de conocerlas. Le recomendó que persiguiese á toda costa á los prusianos, que agravase su derrota hasta más no poder, que por lo menos les impidiese reponerse, que sobre todo no les perdiese un solo instante de vista, y maniobrase de un modo que le permitiese estar en constante comunicación con el grueso del ejército francés, y siempre entre él y los prusianos. El mariscal Grouchy, preciso es hacerle justicia, asustado al verse dueño de su voluntad en aquella delicada circunstancia, manifestó á Napoleón su sentimiento hijo de la modestia, y se mostró asimismo en gran aprieto al tener que adivinar el camino que seguirían los prusianos. Napoleón le respondió que podía comunicarse con el cuartel general por la gran calzada de Namur á Bruselas, con cuyo medio siempre tendría ocasión de pedir y recibir órdenes; que con respecto á la marcha de los prusianos, el anuncio de Pajol podía sin duda provocar incertidumbre, pero que debía lanzar su caballería sobre Wavre por un lado, sobre Namur por el otro, y en breves horas sabría á qué atenerse. Montando entonces á caballo Napoleón le repitió de viva voz con una instancia señalada: *Sobre todo rechazad vivamente á los prusianos y procurad comunicaros siempre conmigo por vuestra izquierda* (1). Grouchy partió in-

(1) He recogido todos estos detalles de un testigo ocular, que me los ha repetido cien veces como teniéndolos, me ha dicho, delante de los ojos todavía, y este testigo es el mariscal Gerard, uno de los hombres más rectos y verídicos que he conocido. Un gran número de testigos oculares y auriculares me los han confirmado también. El mariscal Grouchy ha procurado suscitar dudas acerca de la naturaleza de las instrucciones que recibió, y sin embargo sus propias aserciones y sus cartas á Napoleón prueban estos pun-

mediatamente para obedecer las órdenes de Napoleón, y su primer movimiento fué correr por el camino de Namur, en el que Pajol había recogido ya algunos prófugos y cañones. Napoleón le dejaba á Gerard (4.º cuerpo), reducido á doce mil hombres; á Vandamme (tercer cuerpo), reducido á trece mil doscientos, y además la división de Teste destacada del cuerpo de Lobau, con un efectivo de cerca de tres mil infantes, lo que formaba un total de treinta y tres mil combatientes sin comprender la división Girard, que había perdido todos sus generales y que no contaba más que dos mil quinientos hombres; pero debió quedarse atrás para reponer, ocuparse de los heridos y conservar á Charleroy, lo que dispensaba á Grouchy el sacrificio de enviar un destacamento á este punto.

Napoleón con Ney y Lobau (reducido á dos divisiones, la guardia, los coraceros de Milhau y la división de Subervic separada de Pajol) tenía á sus órdenes cerca de setenta mil hombres, y eran bastantes para derrotar á los ingleses en vista de la calidad de las tropas, siempre que alguna lamentable torpeza ó una inmensa desgracia no le pusiese en la necesidad de batirse contra dos ejércitos. Con los treinta y seis mil hombres que había confiado á Grouchy (inclusa la división Girard), y cerca de cuatro mil agregados al parque y otros servicios, tenía todavía ciento diez mil soldados después de deducidos los catorce mil muertos ó heridos, perdidos en muchos combates y dos batallas. Los prusianos y los ingleses, que entre muertos, heridos y prófugos acababan de perder de treinta á cuarenta mil hombres, debían lamentar mucho más que los franceses los últimos sucesos, y hasta entonces el éxito de la campaña podía considerarse como favorable á Napoleón. Sólo faltaba una jornada venturosa para que fuera decisivo.

Napoleón abandonó á cosa de las once de la mañana las alturas de Bry (2) y se dirigió á galope hacia la gran

tos esenciales: 1.º, que debía buscar á los prusianos; 2.º, perseguirlos vivamente, 3.º, no perderlos nunca de vista; 4.º, estar en comunicación con el cuartel general; 5.º y último, esforzarse siempre en separar á los prusianos de los ingleses. Establecidos estos puntos bastan para deducir las conclusiones justas acerca de este gran debate histórico. En todo caso las instrucciones dadas al mariscal Grouchy resultan de tal modo de los sucesos y de la situación, que aun sin prueba ni confesión de su parte se puede afirmar que no recibió otras de las que ya hemos señalado. (N. del A.)

(2) Cito las horas según las indicaciones más ciertas. El mariscal Grouchy ha citado otras; pero está probado, como veremos más tarde, que desde el punto de vista de las horas se ha equivocado constantemente, y que sus investigaciones, respecto de este particular, son completamente erróneas. He aquí por lo demás dos pruebas de la inexactitud con que el mariscal Grouchy ha fijado las horas en sus diversos relatos, inexactitud que es preciso imputar, no á su carácter, sino al pesar que experimentaba por haber cometido una torpeza tan funesta como la que cometió, y al deseo naturalísimo de disculparse. Refiriendo los sucesos de la mañana del 18 ha dicho que salió de Gembloux á las seis; y existen pruebas irrefragables que demuestran que una parte de las tropas se puso en marcha de ocho á nueve y las restantes á las diez. Además ha indicado que el consejo de avanzar con la artillería le fué dado en la tarde del 18 á cosa de las tres, y está probado por unánimes testimonios cuya exactitud ha reconocido él mismo posteriormente, que recibió el consejo á las once y media de la mañana. Citamos estos datos no para atacar á la veracidad del mariscal sino para probar que bajo la impresión dolorosa de sus recuerdos, sus indicaciones no pueden ser admitidas con confianza, sobre todo las relativas á las horas, que en los sucesos militares como en los civiles son siempre lo que se determina con mayor dificultad. (N. del A.)

calzada de Namur á los Quatre-Bras para ver lo que en ella pasaba, encontrando á la guardia pronta á dejar sus vivaques y á Lobau en plena marcha hacia los Quatre-Bras; ya había llegado á Marbais. Al acercarse á este último punto descubrió Napoleón á los ingleses que disparaban sobre la gran calzada y que al parecer no habían evacuado aún los Quatre-Bras, lo que probaba que Ney no había operado ningún movimiento. Sin embargo, al aproximarse más vió á los ingleses retirarse poco á poco en presencia de la infantería francesa, á la que podían descubrir desde el punto culminante de los Quatre-Bras, formando una inmensa columna en la calzada de Namur. A la izquierda, es decir, hacia el lado de Frasnes divisaron también uniformes encarnados, lo que motivó, sino su inquietud, al menos extrañas incertidumbres. ¿Por qué razón Ney, después de las reiteradas órdenes que había recibido y con la seguridad de ser apoyado, no se había puesto todavía en marcha, y sobre todo por qué se hallaba rodeado de ingleses? El misterio no tardó en aclararse: eran los lanceros de la guardia, que por llevar uniforme encarnado habían parecido ingleses y que, observados de cerca por la caballería ligera, fueron reconocidos y tratados como franceses. Sin embargo, ninguna parte de las tropas de Ney había roto la marcha. Próximo al cuartel del mariscal se veía al conde de Erlón (primer cuerpo), que no habiendo combatido el día anterior, ni habiéndose tan siquiera fatigado, ocupó la posición más cercana á los Quatre-Bras. Napoleón le envió la orden de avanzar acto continuo y él mismo se dirigió á los Quatre-Bras persiguiendo á los ingleses que se retiraban. No tardó en llegar, pero las tropas tenían que desfilar por una sola vía, y lo menos necesitaban tres horas los sesenta mil hombres para atravesar el puente de Genappe que se hallaba en el camino de Bruselas. Sin embargo, con buen tiempo era posible que á las cuatro llegasen á las cercanías de la selva de Soignes, enfrente de la posición de Mont-Saint-Jean, y diesen la batalla desde las cuatro hasta las nueve. Por desgracia la atmósfera se cargaba de nubes, revelando todos los síntomas de una de esas tempestades de verano que en pocos momentos ponen los caminos intrasitables; pero Napoleón apenas había confiado en alcanzar durante el día á los ingleses, y no había considerado una batalla delante de la selva de Soignes más que como un efecto de la plena voluntad de sus enemigos, sobre la que no debían fundarse muchas esperanzas. Si se decidían á combatir, se detendrían, y el encuentro se verificaría al día siguiente, lo que sería favorable á las tropas. La caballería ligera lanzada á través de los campos por la derecha de Napoleón, es decir, entre Marbais y los Quatre-Bras, vió que los trigos pisoteados indicaban las huellas de tropas numerosas, y esto probaba que un cuerpo prusiano había tomado el camino de Tilly que conducía hacia Wavre paralelo á la corriente del Dyle. Esta indicación destruía por completo la suposición de una retirada de los prusianos hacia el Rhin, y Napoleón, que se hallaba en aquellos momentos separado del mariscal Sout, se sirvió del gran mariscal Bertrand para indicar al mariscal Grouchy una dirección más positiva que la que dos horas antes le había señalado de viva voz. Le prescribió que se dirigiese hacia Gembloux, que se hallaba en el camino de Wavre y que ofrecía también

la ventaja de estar en comunicación con Namur y Lieja por la antigua calzada romana; le recomendó que reconociese todos los puntos; que no olvidase que si los prusianos decidían separarse de los ingleses para volver al Rhin, podían del mismo modo querer reunirse con ellos para sostener otra batalla en las cercanías de Bruselas; que siguiese su pista sin descanso á fin de descubrir sus verdaderas intenciones; que para hallarse preparado á cualquier evento conservase sus divisiones reunidas en una legua de camino, y por último que llenase el camino de destacamentos de caballería que le facilitaría estar constantemente en comunicación con el cuartel general.

En los Quatre-Bras se acercó Ney á Napoleón y le refirió los motivos de las nuevas incertidumbres que le habían asaltado aquella mañana. Profundamente afectado por los sucesos del día anterior, el mariscal no se había atrevido á avanzar, creyendo siempre tener que habérselas con la totalidad del ejército inglés, ni había emprendido la marcha de sus tropas hasta que vió á los ingleses retirarse en presencia del conde de Lobau. Procuró excusarse de su lentitud, y Napoleón que no quería agitarle más de lo que estaba, se contentó con dirigirle algunas observaciones, exentas de todo rencor. Sin embargo, los soldados, cuya sagacidad había comprendido que había algo que censurar al *bravo de los bravos*, no dejaron de referirse unos á otros que el *Rougeot*, como llamaban al ilustre mariscal, había escuchado una buena reprimenda. Napoleón esperó con la mayor impaciencia el desfile que efectuaban las tropas por los Quatre-Bras, y que aún no había terminado á las tres de la tarde.

A esta hora sobre poco más ó menos, el cielo, preñado de espesas nubes, concluyó por lanzar torrentes de agua, y una lluvia de verano poco común por su copiosidad y duración, inundó en breve tiempo todo el terreno. En algunos instantes se convirtió la comarca en un vasto pantano impracticable para los hombres y los caballos. Las tropas que formaban los diversos cuerpos de ejército no tuvieron más remedio que reunirse en las dos calzadas empedradas, la de Namur y la de Charleroy, que se juntaban constituyendo una sola á partir de los Quatre-Bras. La aglomeración de las tropas no tardó en ser extraordinaria, y los soldados de todas las armas marcharon en una confusión espantosa. Este aflictivo espectáculo borraba el sentimiento causado por los retrasos de la mañana, porque habiéndose puesto en camino tres horas antes, la lluvia que les sorprendió hubiera interrumpido las operaciones militares, favoreciendo por la mañana como favoreció por la tarde á los ingleses, los que, impulsados por la idea de replegarse hacia la excelente posición de Mont-Saint-Jean, debían aprovecharse de todas las circunstancias que aumentasen la dificultad del ataque.

Las tropas se hallaban escalonadas del siguiente modo: la caballería ligera de Subervic, los coraceros de Milhau con algunas baterías de artillería montada, la infantería de Erlón (primer cuerpo), la de Lobau (6.º cuerpo), los coraceros de Kéllermann, la guardia y, por último, el cuerpo de Reille (2.º), que habiéndose fatigado con extremo en los Quatre-Bras, había empleado la mañana en reponerse del rudo combate de la víspera. Napoleón marchaba con la vanguardia, á la que